

Las lecciones de la Comuna

León Trotsky

4 de febrero de 1921

(Versión al castellano desde “*Les leçons de la Commune*”, en *Marxistes, les auteurs marxistes en langue française – Trotsky*; publicado *Zlatoust*, 4 de febrero de 1921. Ver en nuestra serie *OELT-EIS, Terrorismo y comunismo. (El anti-Kautsky)*, páginas 51-63 del formato pdf y, entre varias otras obras, la *Historia de la revolución rusa*; en esta misma serie “*Bajo la bandera de la Comuna*” y en nuestro sello hermano *Alejandro Proletaria: Comunas de París y Lyon.*)

Cada vez que estudiamos la historia de la Comuna, la vemos bajo una nueva luz gracias a la experiencia adquirida de las luchas revolucionarias posteriores, y sobre todo de las últimas revoluciones, no sólo de la revolución rusa, sino de las revoluciones alemana y húngara. La guerra franco-alemana fue una explosión sangrienta que presagiaba una inmensa carnicería mundial, la Comuna de París un relámpago que presagiaba una revolución proletaria mundial.

La Comuna nos muestra el heroísmo de las masas obreras, su capacidad para unirse en un solo bloque, su don para el sacrificio en nombre del futuro, pero nos muestra al mismo tiempo la incapacidad de las masas para elegir su camino, su indecisión en la dirección del movimiento, su fatal inclinación a detenerse tras los primeros éxitos, permitiendo así al enemigo recuperarse y restablecer su posición.

La Comuna llegó demasiado tarde. Tenía todas las posibilidades de tomar el poder el 4 de septiembre, lo que habría permitido al proletariado de París ponerse a la cabeza de los obreros del país en su lucha contra todas las fuerzas del pasado, tanto contra Bismarck como contra Thiers. Pero el poder cayó en manos de los charlatanes democráticos, los diputados de París. El proletariado parisino no tenía ni partido ni dirigentes a los que hubiera estado estrechamente vinculado por luchas anteriores. Los patriotas pequeñoburgueses, que se creían socialistas y buscaban el apoyo de los obreros, en realidad no tenían ninguna confianza en ellos. Minaban la fe del proletariado en sí mismo, para confiarles la dirección del movimiento buscaban continuamente abogados famosos, periodistas, diputados, cuyo bagaje entero consistía en una docena de frases vagamente revolucionarias.

La razón por la que Jules Favre, Picard, Garnier-Pagès y compañía tomaron el poder en París el 4 de septiembre es la misma que permitió a Paul-Boncour, A. Varenne, Renaudel y varios otros, ser por un tiempo los amos del partido del proletariado.

Los Renaudel y los Boncour, e incluso los Longuet y los Pressemane, por sus simpatías, sus hábitos intelectuales y sus métodos, están mucho más cerca de Jules Favre y Jules Ferry que del proletariado revolucionario. Su fraseología socialista no es más que una máscara histórica que les permite imponerse a las masas. Y precisamente porque Favre, Simon, Picard y los demás usaron y abusaron de la fraseología democrático-liberal, sus hijos y nietos se vieron obligados a recurrir a la fraseología socialista. Pero los hijos y nietos han seguido siendo dignos de sus padres y continúan su labor. Y cuando llegue el momento de decidir, no la cuestión de la composición de una camarilla ministerial, sino la mucho más importante de qué clase de Francia debe tomar el poder, Renaudel, Varenne, Longuet y los de su calaña estarán en el campo de Millerand, colaborador de Galliffet, el verdugo de la Comuna.... Cuando los charlatanes reaccionarios de los salones y del parlamento se encuentran cara a cara, en la vida, con la revolución, nunca la reconocen.

El partido obrero (el verdadero) no es una máquina de maniobras parlamentarias, es la experiencia acumulada y organizada del proletariado. Sólo con la ayuda del partido (que se apoya en toda la historia de su pasado, que prevé teóricamente las vías del desarrollo, todas sus etapas, y extrae de ellas la fórmula de la acción necesaria) se libra el proletariado de la necesidad de recomenzar siempre sobre su historia: sus vacilaciones, su falta de decisión, sus errores.

El proletariado de París no tenía tal partido. Los socialistas burgueses, de los que rebosaba la Comuna, miraban al cielo, esperaban un milagro o una palabra profética, vacilaban, y mientras tanto las masas andaban a tientas y perdían la cabeza por la indecisión de unos y la franqueza de otros. El resultado fue que la revolución estalló entre ellos, demasiado tarde. París estaba rodeado.

Pasaron seis meses antes de que el proletariado recuperara en su memoria las lecciones de las revoluciones pasadas, de las batallas del pasado, de las repetidas traiciones a la democracia, y tomara el poder.

Estos seis meses fueron una pérdida irreparable. Si en septiembre de 1870 hubiera estado a la cabeza del proletariado de Francia el partido centralizado de la acción revolucionaria, toda la historia de Francia, y con ella toda la historia de la humanidad, habría tomado otro rumbo.

Si el 18 de marzo el poder estaba en manos del proletariado de París, no era porque lo hubiera tomado conscientemente, sino porque sus enemigos habían abandonado París.

Estos últimos perdían cada vez más terreno, los obreros los despreciaban y odiaban, la pequeña burguesía ya no confiaba en ellos y la alta burguesía temía que no fueran capaces de defenderla. Los soldados eran hostiles a los oficiales. El gobierno huyó de París para concentrar sus fuerzas en otro lugar. Y fue entonces cuando el proletariado se hizo dueño de la situación.

Pero no lo entendió hasta el día siguiente. La revolución cayó sobre él sin que lo esperase.

Este primer éxito fue una nueva fuente de pasividad. El enemigo había huido a Versalles. ¿No fue una victoria? En ese momento, la banda gubernamental podría haber sido aplastada casi sin derramamiento de sangre. En París, todos los ministros podrían haber sido hechos prisioneros, con Thiers a la cabeza. Nadie habría levantado la mano para defenderlos. No se hizo. No existía una organización centralizada del partido, con una visión general de las cosas y órganos especiales para llevar a cabo sus decisiones.

Los restos de la infantería no quisieron retirarse a Versalles. El hilo que unía a oficiales y soldados era muy delgado. Y si hubiera habido un centro dirigente del partido en París, habría incorporado a los ejércitos en retirada (ya que había posibilidad de retirada) a unos centenares o incluso a unas decenas de obreros entregados, y les habría dado las siguientes instrucciones: excitar el descontento de los soldados contra los oficiales y aprovechar el primer momento psicológico favorable para liberar a los soldados de los oficiales y llevarlos de vuelta a París para unirse con el pueblo. Esto podría hacerse fácilmente, según admiten los propios partidarios de Thiers. A nadie se le ocurrió. No había nadie para pensar en ello. En presencia de grandes acontecimientos, además, tales decisiones sólo pueden ser tomadas por un partido revolucionario que espera una revolución, se prepara para ella y no pierde la cabeza, por un partido acostumbrado a tener una visión de conjunto y que no teme actuar.

Y precisamente el proletariado francés no tenía partido de acción.

El Comité Central de la Guardia Nacional es, de hecho, un consejo de diputados de los obreros armados y de la pequeña burguesía. Un consejo así, elegido inmediatamente por las masas que han tomado el camino revolucionario, representa un excelente aparato de acción. Pero refleja al mismo tiempo, y precisamente por su

conexión inmediata y elemental con las masas que se encuentran en el estado en que la revolución las ha encontrado, no sólo todos los lados fuertes, sino también todos los lados débiles de las masas, y refleja en primer lugar los lados débiles aún más que los fuertes: manifiesta el espíritu de indecisión, de espera, la tendencia a la inactividad después de los primeros éxitos.

El Comité Central de la Guardia Nacional necesitaba ser dirigido. Era indispensable una organización que encarnase la experiencia política del proletariado y que estuviese siempre presente, no sólo en el comité central, sino en las legiones, en los batallones, en las capas más profundas del proletariado francés. Por medio de los consejos de diputados (en el caso dado eran órganos de la guardia nacional) el partido hubiera podido estar en contacto continuo con las masas, hubiera podido conocer su estado de ánimo; su centro dirigente hubiera podido lanzar cada día una consigna que, a través de los militantes del partido, hubiera penetrado en las masas, unificando su pensamiento y su voluntad.

Apenas el gobierno se retiró a Versalles, la guardia nacional se apresuró a librarse de sus responsabilidades, en el preciso momento en que estas eran enormes. El comité central inventó elecciones “legales” a la Comuna. Entabló conversaciones con los alcaldes de París para cubrirse, por la derecha, de “legalidad”.

Si al mismo tiempo se hubiera preparado un ataque violento contra Versalles, las conversaciones con los alcaldes habrían sido una treta militar plenamente justificada y acorde con el objetivo. Pero, en realidad, estas conversaciones se llevaron a cabo sólo para escapar por algún milagro de la lucha. Los radicales pequeñoburgueses y los socialistas-idealistas, respetuosos con la “legalidad” y con las personas que encarnaban una parte del estado “legal”, los diputados, los alcaldes, etc., esperaban en el fondo poder escapar de la lucha. La pasividad y la indecisión de éstos, y de los que encarnaban una parte del estado “legal”, los diputados, los alcaldes, etc., esperaban en el fondo de sus almas que Thiers se detuviera respetuosamente ante el París revolucionario, en cuanto éste se cubriera con la Comuna “legal”.

La pasividad y la indecisión se apoyaban en este caso en el sagrado principio de federación y autonomía. París, vean ustedes, es sólo una comuna entre otras. París no quiere imponerse a nadie; no lucha por la dictadura, salvo por la “dictadura del ejemplo”.

En resumen, no era más que un intento de sustituir la revolución proletaria, que se estaba desarrollando, por una reforma pequeñoburguesa: la autonomía comunal. La verdadera tarea revolucionaria consistía en asegurar al proletariado el poder en todo el país. París debía servir de base, de apoyo, de plaza de armas. Y, para lograr este objetivo, era necesario, sin perder tiempo, derrotar a Versalles y enviar agitadores, organizadores y fuerzas armadas por toda Francia. Era necesario entrar en contacto con los simpatizantes, reforzar a los indecisos y romper la oposición de los adversarios. En lugar de esta política de ataque y agresión, que era la única que podía salvar la situación, los dirigentes de París intentaron encerrarse en su autonomía comunal: no atacarán a los demás si los demás no les atacan; cada ciudad tiene su sagrado derecho de autogobierno. Esta cháchara idealista (del tipo del anarquismo mundano) era en realidad una tapadera para la cobardía ante una acción revolucionaria que había que llevar hasta el final, pues de lo contrario no habría sido necesario comenzar...

La hostilidad a la organización centralista (herencia del localismo y del autonomismo pequeñoburgués) es sin duda el lado débil de cierta fracción del proletariado francés. La autonomía de las secciones, de los distritos, de los batallones, de las ciudades, es para algunos revolucionarios la garantía superior de la verdadera actividad y de la independencia individual. Pero esto es un gran error, que ha costado caro al proletariado francés.

Bajo la apariencia de una “lucha contra el centralismo despótico” y contra la disciplina “asfixiante”, se libra una lucha por la autoconservación de los diversos grupos y subgrupos de la clase obrera, por sus propios pequeños intereses, con sus pequeños líderes de distrito y sus oráculos locales. El conjunto de la clase obrera, conservando su originalidad cultural y sus matices políticos, puede actuar metódica y firmemente, sin quedarse a la zaga de los acontecimientos y dirigiendo cada vez sus golpes mortales contra las partes débiles de sus enemigos, siempre que, a su cabeza, por encima de los distritos, las secciones, los grupos, haya un aparato centralizado ligado por una disciplina de hierro. La tendencia al particularismo, cualquiera que sea la forma que adopte, es una herencia del pasado muerto. Cuanto antes se libere de ella el comunismo francés, el comunismo socialista y el comunismo sindicalista, mejor para la realización proletaria.

El partido no crea la revolución a su antojo, no elige el momento de tomar el poder, sino que interviene activamente en los acontecimientos, penetra en cada momento en el estado de ánimo de las masas revolucionarias y evalúa la fuerza de resistencia del enemigo y, así, determina el momento más favorable para la acción decisiva. Esta es la parte más difícil de su tarea. El partido no tiene una decisión válida para todos los casos. Necesita una teoría correcta, una estrecha conexión con las masas, una comprensión de la situación, una perspicacia revolucionaria, una gran decisión. Cuanto más profundamente penetre un partido revolucionario en todas las áreas de la lucha proletaria, cuanto más unido esté por la unidad de propósito y la disciplina, más rápido y mejor podrá resolver su tarea.

La dificultad estriba en vincular estrechamente esta organización centralizada del partido, soldada internamente por una férrea disciplina, con el movimiento de masas con sus flujos y reflujos. La conquista del poder sólo puede lograrse mediante una poderosa presión revolucionaria de las masas obreras. Pero en este acto el elemento de preparación es bastante inevitable. Y cuanto mejor comprenda el partido la situación y el momento, cuanto mejor se preparen las bases de la resistencia, cuanto mejor se distribuyan las fuerzas y los papeles, más seguro será el éxito, menos bajas habrá. La correlación de la acción cuidadosamente preparada y el movimiento de masas es la tarea político-estratégica de la toma del poder.

La comparación del 18 de marzo de 1871 con el 7 de noviembre de 1917 es muy instructiva a este respecto. En París, hubo una falta absoluta de iniciativa para la acción por parte de los círculos dirigentes revolucionarios. El proletariado, armado por el gobierno burgués, es, de hecho, dueño de la ciudad, dispone de todos los medios materiales de poder (cañones y fusiles), pero no se da cuenta de ello. La burguesía intenta arrebatarse al gigante su arma: quiere robar al proletariado sus cañones. El intento fracasa. El gobierno huye despavorido de París a Versalles dejando el campo libre. Pero sólo hasta el día siguiente el proletariado comprende que es el amo de París. Los “dirigentes” están a la cola de los acontecimientos, los registran cuando ya se han consumado y hacen todo lo posible por limar su filo revolucionario.

En Petrogrado, los acontecimientos se desarrollaron de forma diferente. El partido se dirigía con firmeza, con decisión, a la toma del poder, teniendo a sus hombres en todas partes, reforzando todas las posiciones, ensanchando todas las grietas entre los obreros y la guarnición, por un lado, y el gobierno, por el otro.

La manifestación armada de los días de julio es un vasto reconocimiento hecho por el partido para sondear el grado de conexión íntima entre las masas y la fuerza de resistencia del enemigo. El reconocimiento se convierte en una lucha de avanzadilla. Somos rechazados, pero, al mismo tiempo, entre el partido y las masas profundas se

establece un vínculo a través de la acción. Los meses de agosto, septiembre y octubre son testigos de un poderoso flujo revolucionario. El partido lo aprovechó y aumentó considerablemente sus puntos de apoyo en la clase obrera y en la guarnición. Más tarde, la armonía entre los preparativos de la conspiración y la acción de masas se produce casi automáticamente. El Segundo Congreso de los Sóviets está fijado para el 7 de noviembre. Toda nuestra agitación anterior debía conducir a la toma del poder por el congreso. Así, el golpe de estado estaba adoptado por adelantado para el 7 de noviembre. Este hecho era bien conocido y comprendido por el enemigo. Kerensky y sus consejeros no podían dejar de intentar consolidarse, aunque fuera poco, en Petrogrado para el momento decisivo. Así que necesitaban sobre todo sacar de la capital a la parte más revolucionaria de la guarnición. Nosotros, por nuestra parte, aprovechamos este intento de Kerensky para convertirlo en el origen de un nuevo conflicto, de importancia decisiva. Acusamos abiertamente al gobierno de Kerensky (nuestra acusación fue confirmada más tarde por escrito en un documento oficial) de haber planeado la eliminación de un tercio de la guarnición de Petrogrado, no por consideraciones militares, sino por manejos contrarrevolucionarios. Este conflicto nos unió aún más estrechamente a la guarnición y le impuso una tarea definida: apoyar el Congreso de los Sóviets fijado para el 7 de noviembre. Y como el gobierno insistía (aunque bastante débilmente) en que había que sacar de Petrogrado a la guarnición, creamos un Comité Militar Revolucionario en el Sóviet de Petrogrado, que ya estaba en nuestras manos, con el pretexto de verificar las razones militares del plan del gobierno.

Así, teníamos un órgano puramente militar a la cabeza de la guarnición de Petrogrado, que era, en realidad, un órgano legal de insurrección armada. Al mismo tiempo nombramos comisarios (comunistas) en todas las unidades militares, en los talleres militares, etc. La organización militar clandestina realizaba tareas técnicas especiales y proporcionaba al Comité Militar Revolucionario militantes para tareas militares importantes, militantes en los que se podía confiar plenamente. El trabajo esencial relativo a la preparación, realización e insurrección armada se hizo abiertamente y con tanto método y naturalidad que la burguesía, con Kerensky a la cabeza, no comprendió bien lo que pasaba ante sus ojos. En París, el proletariado no comprendió hasta el día siguiente de su victoria real (que, por otra parte, no había buscado conscientemente) que era dueño de la situación. En Petrogrado fue todo lo contrario. Nuestro partido, apoyándose en los obreros y en la guarnición, ya había tomado el poder, la burguesía pasó una noche bastante tranquila y sólo se enteró al día siguiente de que el timón del país estaba en manos de sus sepultureros.

En cuanto a la estrategia, había muchas diferencias de opinión en nuestro partido.

Como es sabido, una parte del comité central se declaró contraria a la toma del poder, creyendo que aún no había llegado el momento de hacerlo, que Petrogrado se separaría del resto del país, los proletarios de los campesinos, etc.

Otros camaradas creían que no dábamos suficiente importancia a los elementos de la trama militar. Uno de los miembros del comité central exigió en octubre el cerco del Teatro Alexandra, donde se celebraba la Conferencia Democrática, y la proclamación de la dictadura del comité central del partido. Dijo: concentrando nuestra agitación, así como el trabajo militar preparatorio para el momento del Segundo Congreso, mostramos nuestro plan al adversario, le damos la posibilidad de prepararse e incluso de asestarnos un golpe preventivo. Pero no cabe duda de que el intento de complot militar y el cerco al Teatro Alejandra hubiera sido un hecho demasiado ajeno al desarrollo de los acontecimientos, que hubiera supuesto un desconcierto para las masas. Incluso en el Sóviet de Petrogrado, donde nuestra fracción era dominante, una empresa semejante, que impedía el desarrollo lógico de la lucha, habría causado en aquel momento una gran

desorganización, y especialmente entre la guarnición, donde había regimientos vacilantes y poco confiados, en primer lugar, los regimientos de caballería. Habría sido mucho más fácil para Kerensky aplastar un complot no esperado por las masas, que atacar a la guarnición, consolidándose cada vez más en sus posiciones: la defensa de su inviolabilidad en nombre del futuro congreso de los sóviets. Por tanto, la mayoría del comité central rechazó el plan de rodear la Conferencia Democrática, y tenían razón. La coyuntura fue muy bien evaluada: la insurrección armada, casi sin derramamiento de sangre, triunfó precisamente el día, fijado de antemano y abiertamente para la convocatoria del Segundo Congreso de los Sóviets.

Esta estrategia, sin embargo, no puede convertirse en una regla general, requiere ciertas condiciones. Ya nadie creía en la guerra con los alemanes, y los soldados menos revolucionarios no querían abandonar Petrogrado para ir al frente. Y aunque sólo por esta razón la guarnición estaba totalmente del lado de los obreros, se fue haciendo cada vez más firme en su punto de vista a medida que se descubrían las maquinaciones de Kerensky. Pero este estado de ánimo de la guarnición de Petrogrado tenía una causa más profunda en la situación de la clase campesina y en el desarrollo de la guerra imperialista. Si se hubiera producido una división en la guarnición y si Kerensky hubiera tenido la posibilidad de contar con algunos regimientos, nuestro plan habría fracasado. Los elementos de la conspiración puramente militar (conspiración y gran rapidez de acción) habrían prevalecido. Habría sido necesario, por supuesto, elegir otro momento para la insurrección.

La Comuna tenía también la completa posibilidad de apoderarse de los regimientos, incluso de los campesinos, porque éstos habían perdido toda confianza y estima hacia el poder y el mando. Sin embargo, no emprendió nada con este fin. El fallo aquí no reside en la relación entre la clase campesina y la clase obrera, sino en la estrategia revolucionaria.

¿Cuál será la situación a este respecto en los países europeos en la actualidad? No es fácil predecir nada al respecto. Sin embargo, como los acontecimientos se desarrollan lentamente y los gobiernos burgueses hacen todo lo posible para aprovechar la experiencia pasada, es de esperar que, para ganarse las simpatías de los soldados, el proletariado tenga que vencer en algún momento una resistencia grande y bien organizada. Entonces será necesario un ataque hábil y oportuno por parte de la revolución. El deber del partido es prepararse para ello. Precisamente por eso debe conservar y desarrollar su carácter de organización centralizada, que dirige abiertamente el movimiento revolucionario de las masas y es, al mismo tiempo, un aparato clandestino de la insurrección armada.

La cuestión de la elegibilidad del mando fue uno de los motivos del conflicto entre la guardia nacional y Thiers. París se negó a aceptar el mando designado por Thiers. Varlin formuló entonces la exigencia de que todo el mando de la guardia nacional, desde abajo hasta arriba, fuera elegido por los propios guardias nacionales. Fue aquí donde el Comité Central de la Guardia Nacional encontró su apoyo.

Esta cuestión hay que verla desde los dos lados: desde el político y desde el militar, que están interrelacionados, pero que hay que distinguir. La tarea política era depurar a la guardia nacional de la dirección contrarrevolucionaria. La plena elegibilidad era la única manera de hacerlo, ya que la mayoría de la guardia nacional estaba compuesta por obreros revolucionarios y pequeños burgueses. Y, además, como el lema “elegibilidad del mando” iba a extenderse también a la infantería, Thiers se habría visto privado de un plumazo de su arma esencial, los oficiales contrarrevolucionarios. Para realizar este

proyecto, faltaba una organización del partido que tuviera sus hombres en todas las unidades militares. En una palabra, la tarea inmediata de la elegibilidad en este caso no era dar a los batallones buenos mandos, sino liberarlos de comandantes entregados a la burguesía. La elegibilidad sirvió de cuña para dividir el ejército en dos partes según las clases sociales. Así fue en nuestro país durante el período de Kerensky, especialmente en vísperas de octubre.

Pero la liberación del ejército del antiguo aparato de mando conduce inevitablemente al debilitamiento de la cohesión organizativa y a la disminución de la fuerza de combate. El mando elegido suele ser bastante débil en términos técnico-militares y en el mantenimiento del orden y la disciplina. Así, cuando el ejército se libera del viejo mando contrarrevolucionario que lo oprimía, se plantea la cuestión de dotarlo de un mando revolucionario, capaz de cumplir su misión. Y esta cuestión no puede resolverse en modo alguno mediante simples elecciones. Antes de que las amplias masas de soldados adquieran la experiencia de elegir y seleccionar adecuadamente a los comandantes, la revolución será derrotada por el enemigo, que se guía en la elección de su mando por la experiencia de siglos. Los métodos de la democracia informe (simple elegibilidad) deben complementarse y, en cierta medida, sustituirse por medidas de selección desde arriba. La revolución debe crear un cuerpo de organizadores experimentados y fiables en los que se pueda depositar una confianza absoluta, otorgándole plenos poderes para seleccionar, nombrar y educar a los dirigentes. Si el particularismo y el autonomismo democrático son extremadamente peligrosos para la revolución proletaria en general, lo son diez veces más para el ejército. Lo hemos visto en el trágico ejemplo de la Comuna.

El Comité Central de la Guardia Nacional extraía su autoridad de la elegibilidad democrática. En el momento en que el comité central necesitaba desarrollar al máximo su iniciativa en la ofensiva, privado de la dirección de un partido proletario, perdió la cabeza, se apresuró a ceder sus poderes a los representantes de la Comuna, que necesitaba una base democrática más amplia. Y, en aquellos momentos, fue un gran error jugar a las elecciones. Pero una vez celebradas las elecciones y reunificada la Comuna, era necesario concentrar todo de una vez y por completo en la Comuna y crear a través de ella un órgano con poder real para reorganizar la guardia nacional. No fue así. El comité central permaneció junto a la Comuna elegida; la elegibilidad de aquél lo dotaba de una autoridad política con la que podía competir con la Comuna. Pero esto lo privó al mismo tiempo de la energía y firmeza necesarias en las cuestiones puramente militares, que, tras la organización de la Comuna, justificaban su existencia. La elegibilidad, los métodos democráticos, *son sólo una de las armas* en manos del proletariado y su partido. La elegibilidad no puede ser en modo alguno un fetiche, un remedio para todos los males. Es necesario combinar los métodos de elegibilidad con los de designación. El poder de la Comuna procedía de la guardia nacional elegida. Pero una vez creada, la Comuna debería haber reorganizado la guardia nacional de arriba abajo con mano dura, dotarla de líderes fiables y establecer un régimen disciplinario muy severo. La Comuna no lo hizo, al verse privada de una poderosa dirección revolucionaria. Así que fue aplastada.

Así, podemos hojear página a página toda la historia de la Comuna, y sólo encontraremos una lección: es necesaria una fuerte dirección del partido. El proletariado francés ha hecho sacrificios por la revolución más que ningún otro proletariado. Pero también ha sido engañado más que cualquier otro proletariado. La burguesía lo ha deslumbrado repetidamente con todos los colores del republicanismo, del radicalismo, del socialismo, sólo para ponerle cadenas capitalistas. La burguesía ha traído, a través de sus agentes, sus abogados y sus periodistas, toda una masa de fórmulas democráticas,

parlamentarias, autonomistas, que no son más que grilletes en los pies del proletariado y que impiden su avance.

El temperamento del proletariado francés es de lava revolucionaria. Pero esta lava está ahora cubierta por las cenizas del escepticismo, fruto de muchos engaños y desilusiones. Por ello, los proletarios revolucionarios de Francia deben ser más duros con su partido y denunciar más implacablemente el desfase entre las palabras y los hechos. Los obreros franceses necesitan una organización de acción, fuerte como el acero, con dirigentes controlados por las masas en cada nueva etapa del movimiento revolucionario.

¿Cuánto tiempo nos concederá la historia para prepararnos? No lo sabemos. Durante cincuenta años, la burguesía francesa tuvo el poder en sus manos, tras haber construido la Tercera República sobre los huesos de los comuneros. A estos combatientes del 71 no les faltaba heroísmo. Lo que les faltaba era claridad de método y una organización de liderazgo centralizada. Por eso fueron derrotados. Ha transcurrido medio siglo antes de que el proletariado de Francia pueda plantear la cuestión de vengar la muerte de los comuneros. Pero esta vez la acción será más firme, más concentrada. Los herederos de Thiers tendrán que pagar íntegramente la deuda histórica.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es